

más grande. Para tener más credibilidad.” Eso es engañarse a uno mismo. Mentirle al público es igual a cero. Y eso es poco, comparado con lo que ha hecho la famosa cadena de televisión norteamericana CNN.¹⁶

La desfachatez es lo que impera en nuestros días. La fascinación por medio de un holograma social en donde todo se vuelve muy cómico. Glucksmann hace una analogía entre el *loft story* francés equivalente al *Big brother* estadounidense, mexicano, español, ecuatoriano, cual sea, con la obra póstuma de Chejov, *El jardín de los cerezos*.

Los noticieros, los medios, nos ayudan a ver parte de la realidad, ¿una realidad dolorosa? La idea de que la televisión dejaría ver la verdad de las cosas quedó

¹⁶ Jean Baudrillard, *La guerra del Golfo no ha tenido lugar*, Barcelona, Anagrama, 2002, pp. 35-45.

en el olvido. El individuo sufre de un daltonismo evidente. ¡Y lo peor es que el espectador lo percibe!, sólo que parece importarle poco. Informar ha sido suplantado por comunicar. La carencia de buenos informadores es más clara que el agua porque informar es decodificar. Pero, ¿qué es información? Un simple reporte. ¿Un simple enlace de México con Irak? Y con eso les basta...

¿Qué nos queda ahora?, ¿en qué confiar? Podríamos pensar en dos líneas, por ejemplo la de Cioran, Glucksmann, Bernard H. Lévy, Baudrillard, neohegelianos y neokojevianos contra la de Braudel, Le Goff, Duby, Chartier, Darnton. Existen así *hic et nunc*, al menos, dos variantes en cuanto a la visión de la historia.

¿Qué nos ha enseñado la historia misma? El historiador no se conforma con una sola postura. Utiliza lo que considera conveniente para llegar a una mejor compren-

sión de cualquier fenómeno. Una vez más, es necesaria la colectividad de estudiosos en otras áreas. Ahí radica el arte de la investigación histórica. Se ha avanzado lo suficiente como para volver a caer en una sola explicación —el 11 de septiembre bajo el nihilismo—. La sociología, la antropología, la filosofía, todas ellas acuden y dependen de la historia. No cabe duda, el libro de Glucksmann es una buena fuente, como también lo son las explicaciones de Bernard-Henri Lévy, las deducciones nada estafalarias de Thierry Meyssan en su libro *La terrible impostura, ningún avión se estrelló en el Pentágono*,¹⁷ la intelectualidad, las mesas redondas, los documentales más recientes, las declaraciones de W. Bush, Tony Blair, Bin Laden...

¹⁷ [http://www. effroyable-imposture.net](http://www.effroyable-imposture.net)

Vivir el siglo XX

Anna Ribera Carbó

Eric Hobsbawm, *Años interesantes. Una vida en el siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2003, 407 pp.

En 1994, Eric Hobsbawm, el especialista en historia europea del siglo XIX, publicó *Age of Extremes, The Short Twentieth Century, 1914-1989*, traducido y publicado un año después en castellano en Barce-

lona, con el título de *Historia del siglo XX*. En sus primeras líneas advertía que “nadie puede escribir acerca de la historia del siglo XX, como escribiría sobre cualquier otro período, aunque sólo sea porque nadie puede escribir sobre su propio período vital como puede (y debe) hacerlo sobre cualquier otro que conoce desde fuera, de segunda o tercera mano, ya sea a partir de fuentes del período o de los traba-

jos de historiadores posteriores”. Añadía más adelante que si bien la época a la que se ha dedicado es el siglo XIX, había ya una cierta perspectiva histórica que le permitía aventurarse a escribir sobre “el siglo XX corto, desde 1914 hasta el fin de la era soviética” (p. 7).

En 2002, Hobsbawm publicó *Años interesantes. Una vida en el siglo XX*, traducida también un año después al castellano. En esta obra

aborda la historia del mismo siglo que había estudiado en la anterior, pero guiado por el hilo conductor de su propia vida. Él mismo lo concibe como la cara dos de su *Historia del siglo XX*, afirmando que no se trata de una historia ilustrada a través de las experiencias de un individuo, sino de una historia universal que da forma a esas experiencias, ofreciendo un abanico de posibilidades, cambiantes y limitadas, a partir de las cuales los hombres construyen el mundo que les rodea (p.11).

Hobsbawm se reconoce producto de su tiempo, pero además, y en ello radica en gran medida el atractivo de su autobiografía, pone su oficio al servicio de la recreación y el análisis de su experiencia vital. Reconstruye magistralmente sus escenarios históricos y se inserta en ellos como individuo, con sus propias particularidades, tomas de posición y decisiones. Como él mismo dice, “la autobiografía de un intelectual debe tratar necesariamente también de sus ideas, sus posturas y sus actos”. Su vida reviste el interés de haberse “desarrollado prácticamente a lo largo del siglo más extraordinario y terrible a la vez de toda la historia” y de que, además, su autor ha pasado la mayor parte de su existencia observando y escuchando, y ha intentado comprender la historia de su propia época (p.10).

El siglo XX de Hobsbawm se inicia en la Viena que acababa de dejar de ser la capital de un imperio para convertirse en una ciudad provinciana, aunque hubiera nacido en Alejandría en el año de la Revolución de octubre y ostentara la nacionalidad británica. Una temprana orfandad lo llevó de la mano de sus tíos al Berlín de Weimar en el verano de 1931, en el que “crecían irremisiblemente las fuer-

zas cuya ideología proponía algún tipo de solución extremista y revolucionaria: el nacional-socialismo por la derecha y el comunismo por la izquierda.” Fue justamente en el Berlín de su adolescencia en el que Hobsbawm se sentiría atraído por el comunismo lo que lo marcaría definitivamente en lo personal y en lo profesional. Él mismo afirma que los meses de su estancia en Berlín hicieron de él un “comunista para toda la vida o, como mínimo, un hombre cuya vida perdería su carácter y su significado sin el proyecto político al que se consagró siendo un estudiante, a pesar de que dicho proyecto ha fracasado de forma patente y de que, como ahora sé, estaba condenado a fracasar.” (p.62).

Entre 1934 y 1935, durante su bachillerato británico, Hobsbawm se preparaba para ser historiador intentando elaborar interpretaciones marxistas a partir de sus lecturas. En esto, dice, no era original, los historiadores marxistas británicos empezaron, mayoritariamente, dedicándose al análisis histórico por la pasión que les suscitaba la literatura. Todavía hoy, dice, intenta “analizar las influencias (sociales) que determinan la forma y el contenido de la poesía, y de manera más general de las ideas, en las distintas épocas.” (p. 98).

Con esta vida y estas ideas a cuestas llegó a Cambridge en 1935 dispuesto a ingresar en el Partido Comunista y en la política, integrándose a una de las generaciones más radicales y “rojas” de la Universidad. Su militancia en este partido duró cincuenta años. El autor considera que la atracción de tantos hombres y mujeres hacia el comunismo es un tema capital en la historia del siglo XX. Efectivamente, su descripción de la forma

en que se acataban la disciplina y las jerarquías, la aceptación de seguir “la línea”, aunque discreparan de ella, resulta sorprendente en un intelectual agudo y crítico. El mismo confiesa que “es fácil describir retrospectivamente cómo sentíamos y qué hacíamos como militantes del partido cincuenta años atrás, pero explicarlo resulta mucho más difícil. No soy capaz de recrear la persona que fui. El paisaje de aquellos días permanece sepultado bajo los escombros de la historia universal” (p.132).

La Segunda Guerra Mundial se quedó con seis años y medio de su vida, se enroló en el ejército británico pero sin ningún acto relevante: “Los años menos satisfactorios de mi existencia” (p.149) que dejaron en suspenso su vida personal y profesional. Tras la contienda mundial, la Guerra Fría haría sentir a los intelectuales comunistas que formaban parte de una minoría acosada y excluida. Sus cartas eran leídas, sus teléfonos intervenidos y sus carreras obstaculizadas. La propia Unión Soviética los empezaba a decepcionar y, a pesar de ello “nos tragamos nuestras dudas y reservas mentales y la defendimos” (p.185). Hobsbawm confiesa que le repele la idea de estar en compañía de “esos excomunistas que se transformaron en anticomunistas fanáticos” y que llegó al comunismo cuando el término “militar” no sólo significaba combatir al fascismo, sino una revolución mundial, y la Revolución de Octubre era el principal punto de referencia en el universo político (p. 204).

La autobiografía de Eric Hobsbawm no sólo nos lleva desde Viena hasta el Londres de la posguerra y por su militancia política y su filiación ideológica, sino que nos hace seguir los derroteros de

su vida de historiador y el universo de relaciones e intereses que la acompañaron, desde sus colegas ingleses, comunistas y no comunistas; la interesante relación entre la Historia social en Inglaterra, y su publicación *Past and Present* con *Annales* en Francia y la presencia incuestionable de Fernand Braudel; el tránsito de la Historia social hacia la Historia cultural que juzga críticamente:

Quizás el mejor modo de resumir el cambio que se produjo sería decir que los historiadores jóvenes posteriores a 1945 encontraron su inspiración en *El Mediterráneo* (1949) de Braudel, y los historiadores jóvenes posteriores a 1968 en el brillante *tour de force* de la “densa descripción”, del antropólogo Clifford Geertz.

Se produjo un cambio en los modelos históricos o de los “grandes porqués”, se abandonó el “modo analítico por el descriptivo”, la estructura económica y social por la cultura, la recuperación del hecho por la recuperación de la sensación, el telescopio por el microscopio, como puede apreciarse en la monografía, no por breve menos influyente, del joven historiador italiano Carlo Ginzburg acerca de la cosmovisión de un excéntrico molinero friulano del siglo XVI (p. 271).

El autor nos lleva también a recorrer el camino de sus temas de interés y de sus libros, desde *Trabajadores* (1964), *Industria e Imperio* (1968), *Bandidos* (1969) y *El capitán Swing* (1969) hasta su famosa trilogía *La era de la Re-volución (1789-1848)*, *La era del Capital (1848-1875)* y *La era del Imperio (1875-1914)*, pasando por *Naciones y nacionalismo desde 1780* y *La invención de la tradición*, hasta llegar a la *Historia del siglo XX*.

Hobsbawm describe su relación personal con Francia, España e Italia, con los Estados Unidos, con sus culturas y sus historias e historiadores, su afición por el jazz, su percepción interesada y un tanto distante de los movimientos de 1968, su sentimiento de ciudadanía neoyorquina y su visión inteligente aunque menos precisa de la realidad y la historia latinoamericana. La autobiografía del historiador va transitando por la historia política y por la historia de las ideas, pero es también, paradójicamente, una aproximación a la historia cultural de su tiempo.

La vida del historiador británico ha transcurrido sin duda por años interesantes, tanto en lo personal como en lo colectivo; él sabe, gracias a su oficio, poner su particular experiencia vital en el contexto y la dimensión de los tiempos que ha vivido, marcados por guerras, por debates ideológicos, por persecuciones y exilios, por fanatismos políticos y religiosos, de los cuales

él mismo ha sido actor, víctima y testigo.

Finalmente no puede abandonar su condición de profesor de historia y alecciona a sus lectores —presuntos historiadores— acerca de la distancia que la historia requiere, no sólo de las pasiones, las emociones, las ideologías y los miedos de las guerras de religión, así como de las tentaciones todavía más peligrosas de la “identidad”. La historia, apunta Hobsbawm, requiere de movilidad y de capacidad para saberse mover más allá de nuestras propias raíces. Por esto, afirma, “no podemos ser plantas, unos seres incapaces de abandonar su territorio y su hábitat de nacimiento, porque ni un solo hábitat o nicho ambiental puede agotar nuestro tema de estudio. Nuestro ideal no puede ser el del roble o la secuoya (...) sino el ave migratoria (...) que cruza volando la mitad del planeta”. El anacronismo y el provincianismo son dos de los pecados de los que deben huir los historiadores, y ambos se deben, dice, al desconocimiento absoluto de cómo son las cosas en otros lugares, ignorancia que incluso la lectura ilimitada y el poder de la imaginación sólo pueden superar en ocasiones contadas. El pasado sigue siendo otro país, concluye, y sus fronteras sólo pueden cruzarlas los viajeros (pp.376-377).

Eric Hobsbawm invita en este libro a que viajemos con él a ese otro país que es su personal siglo XX.

